

¿Qué hacer frente a los grandes problemas nacionales?

No es cierto que sean insolubles ni que se resolverán por sí solos

ENUNCIADOS algunos de los grandes problemas que actualmente aquejan a México y los mexicanos, procede preguntarnos qué puede hacerse frente a ellos. Al respecto suele decirse que, en realidad, nada o muy poco podemos hacer pues se trata de problemas de siempre, y el hecho mismo de que persistan significa y anuncia que seguirán presentes, así cambien su forma y algunos de sus rasgos. Y a la inversa, a menudo se expresa también la opinión de que aun los problemas más graves se resolverán, no a consecuencia de lo que hagamos sino gracias a las fuerzas del mercado, que dejadas a su suerte se encargarán de corregir los desajustes y restablecer el equilibrio.

A propósito de esta segunda opinión abundan quienes parecen convencidos de que la globalización, entendida como un sistema de mercado que opera a escala mundial, resolverá los problemas. E incluso no faltan quienes sugieren que la mejor política es no tener ninguna, ya que el mercado asigna los recursos racionalmente y como más conviene a la sociedad, y en esa forma podría decirse, de manera natural se soluciona todo.

Con frecuencia se repite también que la conservadora política neoliberal actualmente en boga en México y otros países, es el mejor instrumento de que puede echarse mano. Lo que equivale a decir que lo que se requiere es todavía menos intervención directa del Estado en la economía, más desregulación y privatización, puertas abiertas al exterior, mayores facilidades a la inversión extranjera, libre comercio, bajos salarios y dejar que el mercado opere sin interferencias gubernamentales, porque las interferencias del gran capital privado se consideran naturales y parte del proceso.

Sin dejar de reconocer que el mercado y el sistema de precios son un mecanismo regulador que no debiera ignorarse, nosotros no pensamos que cumplan a cabalidad el papel que se les asigna. La competencia en el mercado no es ni con mucho perfecta; es más bien imperfecta, desigual y, por tanto, defectuo-

sa, y ella misma generadora de profundos desajustes. Por otra parte, los problemas a los que nos enfrentamos no son sólo económicos y menos todavía meramente comerciales sino sociales, culturales, ecológicos, políticos, ideológicos y de otra naturaleza, que en ciertos casos y en conjunto desbordan al mercado; y además suelen entrelazarse y adquirir una gran complejidad.

Pues bien, no es cierto que nuestros más graves problemas hayan de resolverse como por arte de magia, ni tampoco, por fortuna, que no importa qué hagamos los problemas seguirán ahí, porque son insolubles, o porque como otros creen, somos incapaces de resolverlos. Y desde luego, es inaceptable que la política neoliberal que hemos visto fracasar en los últimos años, con sólo sostenerla y aplicarla por más tiempo, haga el milagro de resolver lo que hasta ahora no resolvió y no pocas veces incluso contribuyó a agravar, e inaceptable también que, como piensan muchos viejos liberales, las cosas serán mejor si volvemos atrás y se repite lo que se hizo en el pasado.

Lo primero, saber a qué problemas nos enfrentamos
y atacar sus causas

Si hemos de encarar seria y resueltamente los males que más nos afectan, una primera condición para avanzar es saber a qué problemas nos enfrentamos, o sea, conocer su naturaleza, sus causas, su dinámica interna y, por tanto, la forma contradictoria en que se desenvuelven, todo lo cual es necesario para contar con un buen diagnóstico. Entonces, si los problemas que reclaman mayor atención y desde luego, acción, son de diferente naturaleza, debemos empezar por establecerlo claramente, por hacer los deslindes necesarios y en cierto modo por jerarquizarlos, para reparar centralmente en los más importantes. Veamos:

El que el crecimiento de la economía sea lento e inestable; el que la formación de capital sea insuficiente y su orientación inadecuada y aun perjudicial; el que el ahorro interno sólo cubra una parte de esa inversión y se dependa cada vez más del capital extranjero; el que el reparto del ingreso sea del todo inequitativo y propicie de un lado la concentración de la riqueza en una minoría privilegiada y del otro la extensión de la pobreza y aun de la miseria en sectores sociales cada vez más amplios; el que el sistema no logre –ahora ni siquiera cuando la economía crece– dar empleo y sobre todo una ocupación digna y más o menos estable a buena parte de la fuerza de trabajo; el que los ingresos del gobierno no basten para cubrir los gastos e inversiones necesarias y el que no importa cuánto crezcan nuestras exportaciones, tampoco alcancen para pagar lo que se compra a otros países; el que los bancos no cumplan con su función de financiar adecuadamente el desarrollo económico; el que no se prepare y capacite al personal que se requiere, y en fin, el que el potencial de recursos pro-

ductivos de que se dispone se desaproveche, y lejos de contar con una política propia para asegurar su mejor utilización, dependamos cada vez más de medidas aisladas y aun de recetas que vienen de afuera, y que sobre todo Estados Unidos y poderosos organismos financieros internacionales nos imponen, sin reparar en la especificidad de nuestra economía ni en lo que pensemos de su injerencia en nuestros asuntos internos, son grandes problemas, y cualquiera que sea la forma en que se decida encararlos, tenemos que hacerlo con responsabilidad y decisión.

Necesidad de una política económica digna del nombre

Para atacar esos problemas se necesita, en primer lugar no sólo un buen diagnóstico sino una política económica; pero no meramente de coyuntura y de corto plazo que se exprese en medidas aisladas, parciales e insuficientes, sino una política que incida sobre las causas reales de los más graves problemas e incluso tenga una clara proyección a mediano y largo plazo. Caer en la posición simplista de que si algo es insuficiente basta con aumentarlo, sin reparar en su origen y en las consecuencias de destinar más recursos a cierto fin, es un camino fácil pero riesgoso, que incluso puede resultar un remedio peor que la enfermedad. Pensar, por ejemplo, que si el gobierno gasta poco debiera gastar más, así sea ello inflacionario, o que si ciertos precios y aun salarios son bajos, debieran elevarse mecánicamente; que si el peso se devalúa hay que revalorarlo por decreto, y así sucesivamente, es hacer demagogia populista, autoengañarse y no resolver los más serios problemas.

Una vez que se ha precisado la naturaleza y alcance de los mayores problemas, lo que se proyecta debe expresarse en objetivos claros y bien definidos. Lo que enseguida diremos no es desde luego una sugerencia ni literalmente lo que una nueva política debiera hacer, pues ello tendría que formularse sobre una base sólida y realista al adoptar esa política; tan solo es un ejemplo en el que se apuntan algunos criterios que podrían orientar una nueva política económica.

- el crecimiento de la economía deberá ser, digamos de 5 a 6 por ciento en promedio los siguientes tres a cinco años, y se hará todo lo posible para que en ningún año sea muy inferior, pues una fuerte caída no sólo genera inestabilidad sino que anula la expansión de otros años (desde luego sería mejor crecer con mayor rapidez, y aun así no alcanzaríamos a los países de más alto ingreso; pero declarar sin fundamento que la economía crecerá en 7-8 por ciento en términos reales sería demagógico, o sólo un buen deseo);
- la inversión bruta alcanzará 25 por ciento al año y se destinará a la producción, sobre todo de aquello que más contribuya a fortalecer la economía nacional;

- el ahorro interno se incrementará, a fin de que con él se cubra gran parte de la inversión; y se reduzca la dependencia financiera del capital extranjero;
- el reparto del ingreso será menos inequitativo, o sea que la participación de quienes reciben los más altos ingresos se reducirá, aumentando sustancialmente la que corresponda a la mayoría de la población;
- el nivel de empleo deberá elevarse y sobre todo el de ocupaciones mejor remuneradas y más estables;
- los ingresos del gobierno aumentarán, gracias principalmente a una reforma fiscal que reduzca la evasión, eleve los impuestos directos y grave más a quienes más tienen;
- sin perjuicio de aumentar la exportación, sobre todo de manufacturas y en general de bienes y servicios de alto valor agregado, se fortalecerá la producción de bienes intermedios y de capital, a fin de contar con una sólida base económica y reducir la dependencia y el ritmo de crecimiento de las importaciones;
- los bancos tratarán de superar las limitaciones, fallas y errores que llevaron a muchos de ellos de hecho a una quiebra técnica, y se crearán mecanismos que contribuyan a financiar actividades fundamentales para el desarrollo económico;
- la preparación y capacitación de los cuadros que México requiera deberá convertirse en una de las inversiones públicas y privadas de mayor importancia;
- el uso que se haga de todos los recursos será mejor, y evitará la subutilización, sobreexplotación y desperdicio, así como el deterioro ecológico y la destrucción de los recursos naturales.

Todo lo anterior debiera precisarse y en algunos casos incluso cuantificarse, sobre bases que demuestren la viabilidad de los objetivos. E independientemente de ello tenerse presente que ciertas reformas como la agraria, indígena, urbana, del Estado, administrativa, laboral y otras, seguirán siendo necesarias.

Una meta se alcanza más fácilmente cuando se ataca con éxito la causa del problema que pretende resolverse; pero esto no es sencillo ya que a menudo no es sólo una sino varias que se entrelazan, y porque enfrentarse a ellas, además, reclama decisión para hacerlo a grupos poderosos, que casi siempre prefieren que las cosas sigan como están, porque esa situación les favorece.

Algunos obstáculos a rebasar

¿Por qué no crece más y con mayor estabilidad la economía mexicana? Por múltiples razones. Porque las metas que se intenta alcanzar no se definen con claridad; porque no se realizan las inversiones necesarias; porque se malutiliza el excedente y mientras se restringen y descuidan ciertas inversiones esenciales, se gasta más en lo que no se necesita; porque el nivel de organización de muchas acti-

vidades es bajo, lo que se traduce en altos costos y baja productividad; la introducción de nuevas tecnologías es insuficiente e inadecuada, el alto nivel de desempleo tiene también un impacto negativo, y algo similar ocurre con la enorme y onerosa deuda interna y sobre todo externa, con el intercambio desigual y la desfavorable relación de precios, con la insuficiencia –y a veces aun ausencia– de financiamiento a la actividad productiva, y con ciertas fallas de localización. Todavía más, porque hay actividades importantes que por su baja rentabilidad no interesan al capital privado; porque la inseguridad, la burocracia, la corrupción y la violencia representan también serios obstáculos al desarrollo, y a todo ello se añade y subyace el hecho de que bajo el capitalismo, el crecimiento económico y la acumulación de capital tienen un carácter cíclico que se traduce en altibajos que a la postre limitan la producción y en la actual fase del capitalismo se expresa en prolongadas y profundas crisis estructurales, en las que aun siendo insuficiente lo que se produce para satisfacer las necesidades, resulta excesivo ante una demanda que la propia crisis y las políticas neoliberales contribuyen a reducir.

El lector podrá apreciar que atacar las causas de los mayores problemas es todo menos fácil, y en parte a ello obedece que la política en acción se dirija a aspectos secundarios y no pocas veces incluso incidentales, lo que explica por qué, a la postre, a menudo deja las cosas más o menos como están. Por lo que hace concretamente al crecimiento económico al menos debiera quedar claro que éste no depende tan solo de que se invierta tanto más cuanto y de que la inversión se destine a ciertas actividades. El proceso es mucho más complejo, y siendo importantes la tasa de inversión y su destino, lo cierto es que en parte por la pronunciada caída de la inversión pública, la inversión en su conjunto no tiene ya el efecto multiplicador que alcanzó bajo otras condiciones.

Combate a la desigualdad social y la pobreza

Se repite a menudo que México es uno de los países en que el reparto del ingreso es más inequitativo. Pues bien, ¿cómo cambiar esta situación?

Desde luego la injusta distribución del ingreso es causa de la dramática desigualdad. Pero a la vez es consecuencia de un reparto aún más injusto de toda la riqueza acumulada. En años recientes, en que el número de pobres ha aumentado dramáticamente en México y otras naciones, se ha insistido en que es necesario reducirlo e incluso acabar al menos con la “extrema pobreza”. Pero a menudo se sugiere que la pobreza es un problema de los pobres y no se repara en que son los ricos los principales responsables de que haya tantos pobres. Y si ello es así, para repartir mejor el ingreso hay que empezar por distribuir de ma-

nera menos inequitativa la propiedad y la riqueza existente, es decir, la tierra, el capital en sus distintas formas, el dinero, la actividad económica y el conjunto de bienes que la representan, para lo cual es preciso emplear medidas de diverso alcance y naturaleza, y contar con una verdadera estrategia de desarrollo.

En la práctica, empero, lo que sucede es que, o bien, pretende reducirse la pobreza con medidas en realidad asistenciales, en general ineficaces, o bien, se prefiere no afectar a los capitalistas que concentran el grueso de la riqueza porque se teme que de hacerlo responderán en actitud negativa y dejarán de realizar las inversiones que de ellos se esperan, o bien, la desigualdad se ataca de manera parcial, con alguna medida aislada y de corto alcance, sin comprenderse que si bien es un problema social, incluso para tratar de aliviarlo es preciso echar mano de todos los medios, esto es de la política económica, social, cultural y propiamente política.

La desigualdad social no es un accidente ni un hecho aislado. A lo largo de la historia el desarrollo ha sido un proceso profundamente desigual. El capitalismo, concretamente, y sobre todo el de nuestros días, en particular bajo las políticas neoliberales se caracteriza por una profunda y a menudo creciente desigualdad y polarización entre unos países y otros y en el seno de cada uno de ellos.

La política económica puede contribuir a reducir esa desigualdad, y también a acentuarla; y lo mismo acontece con la política social y otras acciones. Pero si se proyectan, conjugan y aplican todas ellas en la misma dirección y como parte de una estrategia de desarrollo de largo alcance, sin duda pueden ayudar a que ése y otros problemas al menos se alivien en alguna medida. O en otras palabras, si la pobreza y la desigualdad sólo se combaten con medidas sociales y no económicas, tecnológicas, culturales y políticas, seguramente no se logrará lo que se pretende pues ciertos recursos los crea el desarrollo económico, y la posibilidad de utilizarlos de determinada manera depende a menudo de situaciones y correlaciones de fuerzas propiamente políticas.

Importancia de una adecuada selección tecnológica

La tecnología, por ejemplo, está estrechamente ligada al desarrollo y la política económica, y también a la problemática y la política social. Actualmente, desde posiciones tecnologistas estrechas y erróneas se tiende a pensar que si se introducen nuevas y desde luego sofisticadas tecnologías, el crecimiento económico será más rápido y las condiciones de la gente mejorarán; mas ello no es necesariamente así.

Para que una nueva tecnología rinda sus mejores frutos se requieren varias cosas: que sea la más adecuada para el proceso en que ha de emplearse, que se

adquiera en condiciones que no resulten muy onerosas, se cuente con personal que sepa manejarla, se acompañe y aun sea precedida por la reorganización de la actividad en que se aplique, y acaso sobre todo que se entienda que si bien es importante impulsar en forma sostenida la modernización, especialmente en países subdesarrollados como el nuestro, ello no supone limitarse a emplear nuevas tecnologías y menos sólo de aquellas que reemplazan mano de obra, pues habiendo un serio y crónico problema de desempleo y múltiples actividades en las que es necesario abrir nuevas y más amplias fuentes de trabajo, las inversiones de alta tecnología deben combinarse con aquellas en las que, empleando métodos de trabajo más simples y tradicionales, el más alto nivel de empleo, aunque la productividad sea baja, contribuye también a hacer crecer la producción. Todo lo cual revela que una buena selección tecnológica no es sólo importante en una política económica sino también en una política social –o sea, para mejorar lo que se hace en materia de alimentación, agua potable, salud, educación y vivienda–, y por ello, cómo ése y otros medios resultan más eficaces si se conjugan y apoyan mutuamente.

Papel de la política social

Los problemas sociales, como se vio en un capítulo previo, son muy diversos y complejos. Podría decirse que el centro de ellos es lograr que el nivel de vida de la mayoría de la gente sea mejor, lo que supone prestar cada vez mayor atención a la alimentación, la salud, la educación, el trabajo, la vivienda, la seguridad y la preservación del medio ambiente. Y un problema en cierto modo anterior es el propiamente demográfico, pues como se sabe, en los países subdesarrollados la población crece de prisa, se distribuye de manera defectuosa, y en nuestro país emigra sobre todo del campo a la ciudad y hacia los Estados Unidos, en busca de trabajo, lo que sin duda vuelve más difícil resolver ciertos problemas y les imprime modalidades especiales. El rezago incluso de siglos y la dramática pobreza de la población indígena son graves problemas, de los que, gracias sobre todo al EZLN, empieza a cobrarse conciencia y a reconocerse que algo se debe hacer sin demora para reconocer sus derechos, preservar su cultura y mejorar sus condiciones de trabajo y de vida.

La alimentación y la salud son cuestiones esenciales, que sólo pueden resolverse si se avanza en otras líneas de acción. La gente tiene que comer todos los días, y si carece de salud no puede trabajar ni producir. Pero la alimentación no mejora de inmediato y como por encanto. En el sistema de salud se avanzó indudablemente en los últimos decenios gracias al Seguro Social, el ISSSTE, y en general a la mayor atención que los gobiernos y la sociedad dieron a la pres-

tación de servicios médicos. No obstante lo cual hay todavía serias deficiencias y numerosos mexicanos que carecen de esos servicios, y millones de desnutridos cuya alimentación es del todo insuficiente e inadecuada.

La educación ha mejorado en los últimos decenios, aunque todavía hay graves rezagos que afectan a millones de personas.

Con frecuencia se repite que el gasto en educación, como proporción del presupuesto de egresos del gobierno y sobre todo respecto al PIB, debe aumentar. Y así es en efecto. Pero el problema educativo no sólo exige gastar más sino asegurar que la educación pública sea laica, gratuita y de mayor calidad, y enriquecer y reorientar toda la política educativa.

En ciertas entidades del país se arrastra todavía un alto analfabetismo –incluso superior al 12-15 por ciento– que es necesario reducir sensiblemente lo antes posible; y en cada nivel del proceso educativo se advierten rezagos y fallas, a veces graves. En la actualidad debiera asegurarse que, de hecho todos los niños y adolescentes cursen hasta la secundaria, y que a partir de ahí, la mayor parte de ellos pueda hacer carreras profesionales o técnicas, y muchos inclusive estudios de posgrado. Junto a la educación propiamente escolar hoy se requiere preparar y capacitar a numerosos trabajadores, lo que se hace a través de programas especiales y del trabajo mismo, y reclama a menudo cuantiosas inversiones. Y, desde luego se necesita además retribuir dignamente a los maestros.

La educación no sólo es docencia sino investigación, y en particular investigación científica, que en nuestro país sigue siendo del todo desdeñada.

Un alto nivel de educación y de preparación visto en esa perspectiva, es necesario para elevar las condiciones de vida, y reclama mayores gastos del gobierno y también mayor atención de la empresa privada, pero sobre todo mejores condiciones de trabajo, o sea, ocupaciones medianamente estables y bien remuneradas. Lo que, desde luego vale también para la salud y la vivienda, sin perjuicio de que para multiplicar ésta se requiere, además, contar con crédito en volúmenes adecuados, a largo plazo y bajas tasas de interés.

El que millones de mexicanos vivan en condiciones muy precarias y aun sean víctimas de la miseria, genera o al menos propicia otros graves problemas sociales. En épocas pasadas no hubo la inseguridad que actualmente prevalece; hubo además tal vez menor violencia y el crimen organizado no alcanzaba la dimensión que hoy tiene. La pobreza, que en muchos casos significa carecer de todo, o sea, de trabajo, del mínimo ingreso que se requiere para satisfacer necesidades esenciales y a menudo también de salud, de educación y vivienda digna, explica por qué, en tales condiciones algunas personas recurren a robos y otros delitos, generalmente menores. Y la corrupción, en la que explicablemente caen numerosas personas, y sobre todo los ricos, contribuye sin duda a que proble-

mas como el narcotráfico se extiendan, a que se laven miles de millones de dólares que proceden de negocios sucios e ilegales, y a que tales ingresos se vuelvan fuente de enormes fortunas.

La sola mención de todos esos problemas sociales deja claro que para atacarlos con éxito no basta una política social, lo que no implica menospreciarla. Y, a la vez cada aspecto de esa política es importante, y si se atiende de manera adecuada pueden lograrse importantes avances.

Importancia del frente cultural

La cultura es uno de esos aspectos, y dada su significación en los más diversos ámbitos y como condición –no sólo consecuencia– del desarrollo, podría decirse que tiene cauces propios que en cierto modo desbordan a la política social. Pues bien, de la cultura suele hablarse mucho y hacerse muy poco, no obstante que una política cultural seria, que parta de la comprensión de que fortalecer la vida cultural y la cultura propia, sin caer en un culturalismo convencional, es fundamental para avanzar en el proceso de desarrollo.

Acaso la mayor importancia de una política cultural consista en que puede contribuir grandemente a afirmar nuestra identidad, o sea, a que sepamos quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde tratamos de avanzar; así como ayudar a crear las condiciones o el clima propicio para hacer las cosas mejor. La educación, desde luego, es también importante en tal sentido. Pero crear una situación que se caracterice por el respeto y el ejercicio, o sea, la práctica de ciertos principios y valores como la libertad, la tolerancia, la racionalidad en la utilización de los recursos, la democracia, entendida fundamentalmente como participación en la toma de decisiones, el respeto al derecho ajeno, la necesidad de organizarse, la conciencia de que sin entrega y esfuerzo propio las cosas no cambiarán, y otros, es fruto de procesos en los que la promoción de la cultura juega el papel principal.

Con frecuencia no se comprende lo anterior, y en vez de hacer de la cultura un medio para alcanzar ciertos fines, se la aísla de otras actividades como la economía, con las que está estrechamente relacionada, y en particular de la política. La relación entre cultura y política se vuelve más difícil de entender, y ello explica por qué muchos políticos menosprecian la cultura y gentes interesadas en la vida cultural se mantienen desvinculadas de la política, a la que incluso ven como algo ajeno, lo que a la postre impide tener una adecuada política cultural y lo que es más grave, una cultura política. En otros casos, o bien, la cultura se desdibuja y, bajo la creciente influencia de ideas extranjeras se abandona lo propio y sólo tiende a imitarse lo que viene de afuera, o bien, se cae en un nacionalismo conservador, parroquial y chovinista, que enaltece ciertas tradiciones,

pero menosprecia el cambio y la posibilidad de enriquecer nuestra vida cultural, a partir de la relación con otros pueblos y el contacto con nuevas ideas.

Los problemas políticos y en particular electorales,
democracia y dependencia

Un problema político al que se presta creciente atención en los últimos años es el electoral. El hecho de que durante largo tiempo el principal partido fuera el PRI, esto es el oficial o del gobierno, y que más que un partido fuera en realidad el instrumento electoral a través del cual se imponían de arriba abajo y antidemocráticamente desde presidentes municipales hasta el Presidente de la República, que en realidad era escogido por el primer mandatario en turno entre sus colaboradores más cercanos, llevó a una situación en que las elecciones dejaron de ser representativas e incluso legales, y a que se multiplicaran el autoritarismo, las irregularidades, la arbitrariedad y el fraude.

En la elección presidencial del 2 de julio de 2000 triunfó el candidato de un partido de oposición. Y así como antes se pensaba que el principal problema político de México consistía en que las elecciones no eran democráticas, ahora son muchos los que parecen creer que al haberse por fin derrotado al PRI y triunfado un candidato por el que en efecto votó el mayor número de electores, lo que hasta hace poco tiempo fue el principal problema político se ha resuelto, pues vivimos ya en una democracia o al menos en un proceso de transición a la democracia.

Admitiendo que la derrota del partido oficial fue un importante y duro golpe que resultó posible gracias a la acción de fuerzas muy amplias y heterogéneas, que a pesar de sus discrepancias concurrieron en el propósito de acabar con el régimen de la imposición y la antidemocracia, no estamos de acuerdo con quienes piensan que, por ese solo hecho, México se ha convertido en un país democrático o siquiera en que, en una fase de transición, avancemos claramente en esa dirección. En realidad piensan así quienes creen que lo electoral es el centro de la problemática política; y si bien es importante, en el proceso de democratización lo son más otras cuestiones que no están resueltas, y que no lo estarán si solamente cambia el régimen electoral, respecto al que tampoco hay garantías de que no vuelva a exhibir viejos vicios.

El que recientemente se haya prestado mayor atención a lo electoral ha sido importante y contribuido a que las elecciones mejoren y no se multipliquen los frecuentes conflictos, sobre todo poselectorales, de antes. Pero ello no debiera hacer pensar que la actividad política extraelectoral es secundaria. Lo cierto es que no solamente importa sino que a menudo es fundamental para estrechar la relación con la gente y democratizar los procesos electorales.

Si se repara en lo que actualmente acontece en el país no es difícil comprobar que sin menospreciar ciertos avances que aun siendo parciales son importantes, la democracia está todavía ausente en la mayor parte de actividades de la vida cotidiana. En efecto no hay democracia en el gobierno; no la hay en las empresas, en los sindicatos, en las universidades, en la iglesia, en la vida familiar e incluso en partidos y organizaciones que se ostentan como democráticos, pero cuyas prácticas adolecen de serias fallas y suelen ser autoritarias y de aquellas que no permiten a los miembros de base decidir lo que se hace, que se resuelve casi siempre a sus espaldas, burocráticamente y de arriba abajo.

Si la democracia se concibe como un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, o conforme al artículo 3o. de nuestra Constitución Política "...no solamente como una estructura jurídica y un régimen político, sino como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo", es indudable que estamos todavía muy lejos de una genuina democracia, y que en ciertos aspectos incluso ha habido un retroceso.

Mientras la desigualdad sea tan profunda y dramática como lo es en México, mientras la política económica contribuya más a acentuar esa desigualdad que a corregirla, mientras derechos como el de organizarse y actuar con independencia estén grandemente limitados e incluso en un nuevo gobierno como el del presidente Fox tengan mucho mayor poder e influencia los empresarios y algunos profesionistas vinculados estrechamente a ellos, que los demás ciudadanos y los trabajadores de todo tipo, tendremos que reconocer que aún hay mucho por hacer y por cambiar para que México sea realmente una nación democrática.

A propósito del poder de los grandes empresarios es muy revelador no sólo que varios sean muy altos funcionarios del nuevo gobierno del PAN, sino que incluso en el Consejo Directivo de Pemex, en el que el Estado tiene seis representantes, cuatro de ellos son ahora otros tantos magnates de la empresa privada. Y aunque a última hora se convierte a éstos en miembros de un Consejo Consultivo seguramente su influencia en Pemex seguirá siendo grande.

¿Se respetan y ejercen libremente los derechos esenciales?

Inclusive derechos de aquellos que supuestamente se ejercen con libertad y sin cortapisas, lo cierto es que están sujetos a múltiples restricciones. Por ejemplo, probablemente tendemos a menudo a creer que la libertad de cultos es ya respetada y reconocida sin reservas, mas lo cierto es que si no se tiene religión o se practica una que no es la de la mayoría católica, no pocas veces hay que enfrentarse a la hostilidad de quienes proceden como si su credo fuera el único aceptable y legítimo. Suponemos también con frecuencia que la libertad de expresión es ya parte de nuestra vida democrática, sin darnos cuenta de que los más impor-

tantes medios de difusión son de propiedad privada y están controlados por poderosos empresarios y que no es fácil tener acceso a ellos; y el que en realidad muy pocas personas –acaso no más de unos cuantos centenares– puedan expresarse por su conducto, y aun ellas con limitaciones, demuestra que en la práctica resulta muy difícil y hasta imposible decir con libertad lo que se piensa. En efecto, ¿quién podría pensar que en México es fácil hablar, y hacerlo sobre cuestiones políticas importantes y delicadas, digamos en los canales de Televisa o de Televisión Azteca, o en las publicaciones de gran tiraje que la primera edita? Incluso expresar opiniones de interés en un diario o revista, es algo que a menudo sólo puede hacerse como inserción pagada, que además es bien cara.

Lo que deja ver que el derecho a la información, que sin duda es importante en una democracia sobre todo en la “era de la información”, está asimismo seriamente limitado en nuestro país. Lo está porque la información que se ofrece al público se escoge en gran medida por quienes controlan los medios, y lejos de ser objetiva o neutral, expresa casi siempre sus posiciones conservadoras. Un ejemplo: aun cuando Cuauhtémoc Cárdenas triunfó hace unos años como jefe de gobierno del Distrito Federal con una copiosa votación y en una elección que nadie objetó, la enconada y persistente hostilidad de los medios a su gestión contrastó con la manera respetuosa y hasta de simpatía como tratan a los gobiernos del PRI y, y ahora sobre todo, del PAN. El avance tecnológico y en particular las nuevas tecnologías de la información no cambiarán ese estado de cosas. Si bien habrá que utilizarlas y hacer el mejor uso posible de ellas, esto no debiera hacer pensar que porque ahora se dispone de Internet, la información fluirá libremente y las cosas serán del todo diferentes.

Y, ¿qué decir del derecho a organizarse? Alguien podría responder que ese derecho se respeta, y tan es así que en los últimos años se crearon varios partidos políticos, entre los que destaca el PRD, lo que es cierto. Pero sus dirigentes hacen notar que desde que empezaron a organizarse hasta ahora, tuvieron que pagar con la vida de alrededor de 600 de sus miembros, lo que en otras palabras significa que la represión y la antidemocracia les cobraron un alto precio. En cuanto a otros dos o tres pequeños partidos, también nuevos, lo cierto es que se crearon de arriba abajo, con subsidios gubernamentales, sin bases propias y como parte del antidemocrático aparato oficial.

Podríamos extendernos y recordar que algo análogo pasa con otros derechos y libertades. Los trabajadores pueden, según la Constitución, recurrir a la huelga; pero las autoridades consideran que la mayor parte de ellas son “ilegales”, y por tanto, inexistentes.

La problemática política se aprecia mejor si se ve desde otra perspectiva y en conjunto. Lo cierto es que el sistema político de México está en crisis y exhibe una profunda descomposición. El hecho de que hasta ahora no se haya realiza-

do lo que suele llamarse “reforma del Estado”, da cuenta de que éste sigue ante serios problemas, concretamente políticos, y de que la “transición a la democracia” está atrapada. El neoliberalismo postula como deseable un Estado esbelto, no obeso, que no intervenga directamente en la producción; pero a menudo su acción, sobre todo social se antoja anémica y débil. El que en años recientes se hayan extendido y profundizado la inseguridad, la violencia, la corrupción y el crimen organizado –cuya principal y más lucrativa actividad es hoy el narcotráfico–, demuestra que la sociedad no puede resolverlos al menos si se procede como hasta ahora, pues la verdad es que ni el Estado ni las fuerzas de seguridad ni los partidos y otras organizaciones se enfrentan con éxito a tales problemas. Lo que hace pensar que tanto la crisis, ahora sin duda política, además de económica y social, como la política neoliberal en acción, han contribuido a que concretamente el Estado no pueda hacer lo que antes hacía con cierta eficacia.

En parte no lo puede hacer porque carece de una política propia y depende, como nunca antes, de intereses que no son los nuestros. La cada vez más profunda dependencia es, a estas horas, probablemente el mayor problema político de México, no porque esa dependencia sea exclusiva o fundamentalmente política sino porque sólo podremos librarnos de ella a través de una lucha social, cultural y sobre todo política, en primer lugar frente al capitalismo imperialista que se empeña en someternos, y también frente a quienes parecen convencidos de que un México independiente es ya inviable, de que la soberanía del pueblo es sólo un buen deseo y de que nuestro destino es la subordinación y la servidumbre.

Se comprende hoy mejor que luchar por nuestra soberanía e independencia puede ser un largo, difícil y penoso proceso. Lo que acaso no se ve con claridad es que, en el cambiante mundo de nuestros días, lo que hagamos tendrá que ser diferente, nuevo y más eficaz que lo que hicimos en el pasado. Ahora, entre otras cosas será preciso apoyarse en fuerzas más amplias y heterogéneas, nuevas y mejores formas de organización, mayor capacidad de comunicación e incluso un lenguaje fresco y convincente que ayude a comprender que sólo con cambios de fondo podremos resolver los más graves problemas y que la democratización del país será una ilusión si se desenvuelve en el marco de una creciente dependencia.

Los fines, los medios y el valor de lo nacional

Aparte de conocer bien la realidad y en particular los cambios que la modifican, y a partir de los cuales es preciso actuar, también es necesario saber qué medios

se utilizarán para alcanzar los objetivos fundamentales. Al respecto quisiéramos agregar que se equivocan quienes menosprecian lo nuestro y creen que lo que debemos hacer es imitar a los grandes países industriales, en particular a los Estados Unidos, y reproducir lo que ellos ya hicieron con éxito.

Sin perjuicio de aprender de la experiencia de otros países, y de hacerlo no con traslados mecánicos sino reflexionando creadora y críticamente sobre aquello que pueda derivar en valiosas enseñanzas, el eje y el marco de la acción debería ser nuestra realidad. México y sus pueblos hermanos tienen una historia propia, experiencia, cultura y, por tanto, profundas raíces que influyen sobre su identidad, limitaciones y posibilidades, y lo que todo ello reclama es una memoria colectiva a partir de la cual construyamos lo que, ante nuevas y cambiantes realidades podemos hacer hacia el futuro. Lo nacional sigue siendo fundamental y debe orientar nuestro esfuerzo; pero ahora es necesario vincularlo estrechamente a lo que en el internacionalizado mundo en que hoy vivimos, proyectemos hacia afuera, como condición para conjugar esfuerzos con otros países, ya que aislados y dispersos no podremos enfrentarnos con éxito a los retos que la mundialización del capital plantea.

El cambio supone y reclama una larga y dura lucha

Para alcanzar las principales metas se requieren recursos, de muy diversa naturaleza. Actualmente hay múltiples movimientos y luchas, que no por ser parciales y desenvolverse en forma desigual y con frecuencia aislada carecen de importancia. En realidad cada esfuerzo representa el interés y la decisión de diferentes sectores y grupos de enfrentarse a problemas que les afectan de una u otra manera, y sobre todo aquellos en los que participan personas que hasta ahora permanecían al margen, juegan un nuevo e importante papel. Ello, por sí solo no es deleznable sino en verdad prometedor.

Lo más deseable e incluso necesario, sin embargo, es que las luchas que ya se libran fragmentariamente se vuelvan parte de una de mayor dimensión que las combine, eslabone y refuerce. Y aquí es donde la forja de una estrategia adquiere la mayor significación, pues implica superar los planteos y demandas parciales y unirse al menos en torno de algunas metas y líneas de acción centrales. Pero si siempre fue difícil unirse, ante los rápidos cambios y las nuevas situaciones a que ahora nos enfrentamos resulta aún más difícil hacerlo. El que se haya ampliado y hoy sea diferente y más heterogénea la composición de cada grupo, por sí solo constituye un nuevo problema. Los cambios en la fuerza de trabajo, por ejemplo, vuelven difícil saber quiénes son los trabajadores, y aun en partidos y organizaciones políticas en las que militan personas que se supone están de

acuerdo en cuestiones fundamentales, es fácil apreciar que, en la práctica, no son pocas sus discrepancias. Y aun cuando a menudo se habla de avanzar a partir de una nueva estrategia, lo cierto es que ésta no se tiene e incluso falta un programa básico que establezca con claridad lo que se acepta como más representativo de un mayor consenso y desde luego de un más amplio acuerdo.

Necesidad de un acuerdo básico entre los principales actores

Lograr ese acuerdo en torno a ciertas cuestiones concretas fundamentales es complicado, pero importante y viable. Lo es también saber en qué terreno nos movemos, o sea, cuál es la realidad que queremos transformar, así como definir lo que se pretende hacer y convenir en los medios a emplear y cómo utilizarlos.

Sin pretender que tengamos la respuesta a tales cuestiones, y dejando claro que ello será fruto de la reflexión, el diálogo, la lucha y el acuerdo de múltiples elementos, cabría recordar que, en primer lugar nos movemos en una correlación de fuerzas desfavorable, porque quienes se oponen al cambio y a un progreso que beneficien a la mayoría, son por ahora y a corto plazo más poderosos que quienes queremos que las cosas cambien y sean mejores para el grueso de aquellos que trabajan. La situación, sin embargo, no es estática; y en diversos escenarios hoy se advierte una mayor presencia popular.

La realidad que aspiramos a transformar se caracteriza, como ya vimos, por la pobreza y el desempleo de millones de compatriotas, por una dramática desigualdad social, porque la riqueza se concentra en una minoría privilegiada, dependemos cada vez más de poderosos intereses que no son los nuestros, la soberanía nacional y popular es cada vez más gravemente lesionada, los niveles de organización y la conciencia de los trabajadores son todavía bajos, y carecemos de una política propia, con la que podamos enfrentarnos con éxito a los más graves problemas.

Oponernos a todo ello es necesario e importante, pero no basta. Estar contra el neoliberalismo y la privatización de ciertas actividades, proponer un Estado desarrollista e intervencionista o limitar nuestro acuerdo a ciertos postulados, sin plantearnos siquiera cómo hemos de proceder para rebasar en la práctica los más serios obstáculos, no significa ni equivale a tener una estrategia de desarrollo alternativa; pero aun así no debiera desdeñarse.

A menudo se tiende todavía a pensar, en actitud estrecha y sectaria, que solamente personas que comparten determinadas posiciones o militan en ciertas organizaciones, pueden ser actores del proceso de liberación. A los demás se les ignora, menosprecia y descalifica por quienes siendo partes, se olvidan de ello y se convierten en exigentes e implacables jueces. Y otras veces se cree que si pro-

testamos ante ciertas medidas y las rechazamos, nuestro descontento bastará para que las cosas cambien.

Actualmente es fácil comprobar que inclusive fuerzas que bajo otras condiciones y en otros tiempos trataban de conjugar acciones para lograr ciertos fines, ahora suelen trabajar cada una por su lado, sin buscar aliarse a otras. Según algunos, por ejemplo, su partido o cuando más ciertos partidos son el cauce a través del cual debe tratar de avanzarse. A otras organizaciones no se les toma en cuenta, y menos a la gente que no está organizada.

Una nueva vertiente antiestatista y en particular antipartidaria, por otro lado, es la que forman numerosas organizaciones de la “sociedad civil”, que en general consideran que los partidos políticos no son ni serán capaces de cambiar el presente orden de cosas en beneficio de la mayoría. Y en parte con razón señalan que tales partidos, sin reparar en su falta de independencia, en que mucha gente no simpatiza con ellos, en que sus líneas de acción y sus posiciones son estrechas y en otras serias limitaciones, pretenden ser quienes dirijan la lucha popular, a la que además casi siempre subordinan.

Ciertos elementos admiten que los partidos son importantes, pero dejan de lado al movimiento sindical y a otras organizaciones de trabajadores. Y en cambio consideran muy importantes a las organizaciones no gubernamentales, y lo que se hace en la sociedad civil.

Inclusive no pocas personas de aquellas que no militan en organizaciones formales, desconfían de la organización y caen en un individualismo explicable, que desde luego tampoco puede ser el cauce a través del cual se impulse y lleve adelante la lucha popular.

No obstante todo ello, los avances que se han logrado son importantes, y por fortuna no empezamos de cero. El triunfo, por ejemplo, de Cuauhtémoc Cárdenas en 1997, cuando ganó la jefatura de gobierno del Distrito Federal con una votación superior a la que en conjunto obtuvieron el PRI y el PAN, fue un gran paso adelante. El buen papel que hizo Rosario Robles al tomar el lugar de Cárdenas en ese gobierno, y sobre todo la victoria de López Obrador, frente a candidatos ampliamente conocidos y cuyos partidos gastaron cuantiosas sumas de dinero en sus campañas, dan cuenta de que, pese a todo, la situación de hoy es mejor que la de antes. Inclusive la derrota de Cárdenas en la última elección presidencial, de la que en actitud autocrítica debíamos aprender, reveló que si las fuerzas democráticas lograron entonces más de 6 millones de votos, en otra elección pueden contar con un mayor apoyo popular. Y éste es también un cambio que hace apenas unos años parecía muy lejano y aun imposible.

Si bien bajo las políticas neoliberales se refuerza el antiestatismo, tanto en el régimen del PRI, como ahora del PAN, abundan quienes creen que el gobierno es quien más puede influir para que se resuelvan ciertos problemas, y bajo

la administración de Fox confían en que los empresarios privados –ahora convertidos a menudo en funcionarios públicos– harán lo que los viejos políticos y los tecnócratas de los últimos gobiernos no pudieron hacer.

El gobierno, sin duda, y en mayor medida el Estado tienen posibilidades de acción no deleznable. A la vez, sin embargo, adolecen de limitaciones que no es fácil superar. Por ejemplo, no es extraño que aun ciertas reformas de no mayor alcance no se realicen en la práctica porque faltan recursos, porque no hay pleno acuerdo sobre ellas, porque afectan determinados intereses, porque la burocracia las detiene, o por otras razones. Y, cuando se trata de reformas de cierta monta que pueden lesionar intereses de grupos poderosos e influyentes, hacer cualquier cosa que entrañe un cambio se vuelve desde luego más difícil.

Por ahora no parece que el nuevo gobierno se aparte de las líneas que han sido características de la conservadora política económica neoliberal de los últimos años. Y mucho más difícil será, digamos, que rompa con la política antiagraria sobre todo de los gobiernos de Salinas y Zedillo, o con la dependencia cada vez más profunda de México respecto a Estados Unidos y los poderosos organismos financieros internacionales, que creen que es a ellos a quienes corresponde decidir lo que se haga en nuestro país. En cuanto al combate a la corrupción, probablemente algo se avance si sólo se trata de modificar ciertas leyes, prácticas o situaciones lesivas para los empresarios; pero cuando sean éstos los principales responsables de la corrupción las cosas serán distintas, mucho más difíciles y aun imposibles. Y por lo que hace al combate a la pobreza tampoco podrán llevarse a la práctica ciertas medidas cuando los capitalistas, en general, son los que de una u otra manera generan esa pobreza.

Un gobierno de amplia base popular y cuya composición sea más democrática y representativa de la mayoría, estaría en mejores condiciones para realizar con éxito ciertos cambios. Pero tampoco para él serían fáciles, porque el sistema social imperante, o sea, la forma de organización de la economía y de la sociedad en su conjunto tiende a impedirlos.

Del capitalismo ya poco se habla, pero sigue siendo fundamental

Hasta hace unos decenios, el hecho de que el capitalismo no fuera aún un sistema universal, esto es, que hubiera todavía grandes regiones precapitalistas y especialmente un sistema socialista o al menos no capitalista internacional en proceso de expansión, abría posibilidades de cambio y desarrollo de diverso tipo. Inclusive el que bajo regímenes capitalistas socialdemocráticos cobraran fuerza en varios países los llamados “estados del bienestar”, que en un momento dado fueron vistos como sistemas en los que a través de ciertas reformas

podría avanzarse en el proceso de democratización y mejorarse las condiciones de vida del pueblo, hizo pensar en cambios que rebasarían a aquéllos propiamente capitalistas.

Pero la situación que hoy prevalece es distinta y más desfavorable. Los países socialistas de Europa fracasaron e incluso no existen ya. La propia Unión Soviética desapareció, y los que subsisten en otros continentes, tuvieron que abrir sus puertas al capital y adaptarse a una nueva situación en que el capitalismo se fortaleció. Los gobiernos socialdemocráticos cedieron ante las fuerzas más conservadoras y aun cuando el voto popular volvió a favorecer en ciertos casos a candidatos y partidos liberales o laboristas, al integrarse al gobierno no pusieron en práctica las políticas reformistas de años anteriores.

En naciones subdesarrolladas como la nuestra, en las que bajo otras condiciones se intentó avanzar a partir de políticas que hacían posibles al menos algunas reformas y el enfrentarse defensivamente a las grandes potencias en busca de cierta independencia, en los últimos años se perdió terreno, se acentuó la dependencia, y de hecho las clases en el poder aceptan ya que las líneas centrales de las políticas en acción no se tracen en nuestro país sino desde afuera, y que se nos impongan porque supuestamente son las mejores y aun las únicas viables.

El que siga presente el capitalismo y aun el que se haya fortalecido en su conjunto, si bien desigualmente y con múltiples contradicciones, para algunos significa que nos enfrentamos en esencia a la misma situación de antes, y que no ha habido cambios. No compartimos ese punto de vista.

Si solamente se hubiera fortalecido el ya viejo sistema capitalista, ése sería un cambio significativo. Pero lo principal es que su organización y funcionamiento son diferentes; esto es, que además de haber crecido –en ciertos lapsos con una velocidad sin precedente–, se modifican las fuerzas productivas, las relaciones de producción, la organización de las empresas y todo el proceso de trabajo. En particular, el imperialismo de nuestros días no es igual al de hace 50 o 100 años y la correlación de fuerzas no es tampoco la misma, razones por las cuales la lucha antiimperialista por nuestra liberación no puede ser idéntica a la de otras épocas. Y si ante nuevas realidades en proceso de cambio esa lucha sólo repite mecánica y rígidamente viejas posiciones, el resultado –podemos ya anticiparlo– será la derrota, una derrota evitable y quizás innecesaria, de la que serán responsables quienes por prejuicios, sectarismo o incapacidad no tomen en cuenta hechos que debieron haber advertido, pues representan nuevos retos que reclaman respuesta, y a los que es preciso conocer para enfrentarse a ellos con éxito.

Hacia una estrategia de desarrollo, de largo plazo

Desde luego es falso que sólo lo que hoy se hace es posible, y que no hay alternativa. Lo que es cierto es que si quieren hacerse cambios que beneficien a la mayoría y refuercen a nuestro país, tendrá que forjarse y ponerse en práctica una estrategia de desarrollo en la que se integren y proyecten, a largo plazo, interna e internacionalmente la acción económica, social, cultural y propiamente política.

A riesgo de volver sobre algo ya dicho, y desde luego sin que pretendamos trazar en un párrafo lo que podría ser esa nueva estrategia, creemos que vale la pena subrayar lo que sigue:

- En lo económico, sin intentar restablecer viejas políticas que ya cumplieron su cometido y no pocas veces incluso fracasaron, sino viendo hacia el futuro, debiera intentarse combinar un más rápido y estable desarrollo económico con una redistribución de la riqueza y el ingreso que en verdad contribuya a reducir la desigualdad y mejorar las condiciones de trabajo y de vida de la mayor parte de la población; lo que entre otras cosas supone eliminar el desperdicio, hacer un mejor uso de todos los recursos a nuestro alcance y tanto prestar e special atención a producir lo necesario para satisfacer lo que el pueblo consume, como impulsar la producción de bienes intermedios y de capital f u n d a m e n t a l e s para fortalecer la economía nacional, en los que hoy se padece una excesiva y peligrosa dependencia, y, además convencerse de que es mentira que el mercado y el “libre comercio” vayan a resolver los más graves problemas económicos.
- En lo social, lo más importante es elevar el nivel de empleo y de vida de la mayor parte de la población, o sea, asegurar que la gente coma bien, tenga salud, curse al menos hasta la escuela secundaria o su equivalente, viva en una vivienda digna, pueda disfrutar de un mínimo esparcimiento y acceso a actividades culturales, salir a la calle sin temor, y contar con un empleo que le permita obtener el ingreso necesario para satisfacer necesidades esenciales; y todo ello reclama, a la vez, superar la inseguridad y la violencia.
- En lo cultural, acaso lo más importante es crear una cultura que contribuya a que la gente comprenda que no es cierto que sólo pueda hacerse lo que se hace, y que si se organiza, se prepara, se decide a luchar, confía en su esfuerzo, afirma su identidad y rescata lo más valioso de nuestra historia y nuestra cultura, podrán resolverse muchos problemas que hoy parecen insolubles.
- En lo político, entre lo más importante está saber que no basta repetir verbalmente y en actitud convencional y meramente declarativa que estamos en favor de la soberanía y la independencia, sino ser capaces de defenderlas eficazmente y hacerlas valer en la práctica; que la acción política es siempre, a la vez, en parte económica, social y cultural, de ahí la necesidad de aplicarlas conjuntamente; que el combate a la corrupción es hoy más necesario que nunca no sólo

por razones morales sino político-económicas; que para entender la realidad en la que se actúa es preciso reconocer y calibrar los cambios que ha sufrido; que también es necesario comprender que la alternancia no basta y que es necesario avanzar en un proceso de genuina democratización participativa, y que la integración en cada uno de nuestros países, y a escala regional, o sea, latinoamericana y caribeña, será en el siglo que ahora se inicia condición fundamental del desarrollo.

- La lucha ideológica debe librarse en todos los planos, y especialmente en el político porque a menudo se asegura que ya no hay ideologías, mas lo cierto es que en particular las posiciones más conservadoras y negativas, que desmovilizan, confunden y obstruyen el cambio, son fundamentalmente ideológicas.
- Y en lo teórico no es por demás reiterar que, dados los rápidos cambios que ha sufrido el mundo de los últimos decenios y el hecho de que los viejos caminos por los que se intentó avanzar desde diferentes posiciones y perspectivas están ya cerrados o no son elegibles, hoy es preciso repensar, poner al día nuestras ideas, enriquecer el instrumental de análisis con el que se intenta conocer las nuevas realidades, comprender que si sólo vemos las cosas parcial, fragmentaria y pragmáticamente fracasaremos, y que para construir y poner en práctica con éxito una nueva estrategia de largo alcance se requiere partir y apoyarse en planteos teóricos avanzados y rigurosos, que la realidad misma demuestre que son correctos.

Otro elemento fundamental de esa estrategia será que mientras no se ejerza el poder, se logre movilizar a amplios sectores de la población alrededor de una propuesta democrática y progresista de cambio que llegue a ser hegemónica, o al menos a aceptarse y difundirse de manera generalizada, que ejerza influencia en la opinión, y a la que el gobierno y las fuerzas en el poder tengan que prestar atención.

Al respecto ocurre a menudo que en vez de proponerse algo concreto y claro, se plantean demasiadas cuestiones no fáciles de comprender, y en torno a las cuales suelen discrepar los propios proponentes. El EZLN, en cambio, al centrar su lucha alrededor de la defensa y la necesidad de reconocer incluso a nivel constitucional los derechos y la cultura de los pueblos indios, pese a su relativo aislamiento ha logrado movilizar a millones de hombres y mujeres y ganar a su causa a numerosas personas y organizaciones dentro y fuera del país.

La construcción de esa nueva propuesta es muy importante porque las fuerzas más conservadoras ganaron la última elección presidencial ofreciendo un cambio, y los hechos empiezan a mostrar que además de mantenerse la injusta e ineficaz política neoliberal, los empresarios en el gobierno y los dirigentes más conservadores del PAN se proponen retroceder a posiciones, ideas y tiempos que se consideraban definitivamente superados, y que hacen pensar más en el siglo XIX que en los retos que plantea el siglo XXI.

Las fuerzas democráticas podrían triunfar en una elección futura y aún no siendo las que propiamente ejerzan el poder, encabezar el gobierno durante varios años, poner en práctica una política diferente, y a través de ella realizar ciertos cambios. Inclusive en tal caso, sin embargo, la oposición puede ser muy enconada y el gobierno tropezar con obstáculos difíciles de rebasar, no sólo por la hostilidad de que se le rodee sino porque el sistema capitalista mismo representa un escollo estructural permanente y de fondo. En tales condiciones resultaría muy difícil modificar el régimen de propiedad y afectar sobre todo a los más poderosos capitalistas, y muy difícil también lograr cierta independencia respecto a las potencias dominantes.

La dependencia no es privativa del subdesarrollo. En nuestros días, aun países desarrollados que en otras épocas fueron independientes, ahora dependen grandemente de otros más avanzados o más poderosos. Pero bajo el subdesarrollo, y en particular bajo el capitalismo del subdesarrollo es especialmente difícil superar la dependencia, porque ésta es estructural, y por tanto, una parte integrante que condiciona todo el proceso. O en otras palabras, concretamente en la fase histórica del imperialismo se depende del capital monopolista y oligopolista, en buena parte extranjero, pero que opera cada vez más dentro de nuestro país ligado estrechamente al capital nacional e incluso al Estado, y que deviene el factor dominante en el proceso de acumulación y en nuestra vida toda, incluso cultural y política.

Y si bajo el capitalismo no puede modificarse a fondo esa situación, ¿qué hacer, entonces para superar el subdesarrollo y conquistar cierta independencia que permita reorientar el desarrollo? Quienes creen que si se democratiza el régimen electoral y se logran otros avances que permitan transitar hacia la democracia, se logrará lo anterior aun bajo el capitalismo, en nuestra opinión se equivocan; sin menospreciar lo que así pudiera conseguirse, estamos convencidos de que ello no sería suficiente para superar el subdesarrollo, el atraso y la dependencia y lograr la liberación. Para esto sería preciso romper con las limitaciones estructurales que, en particular un capitalismo como el que padecemos impone, y recorrer una verdadera fase histórica de transición, pero no sólo de un momento a otro del capitalismo, sino de transición a una nueva y democrática sociedad, que a nuestro juicio sería socialista, pero distinta y mejor de lo que conocimos hasta ahora.

¿Es posible la transición a un nuevo régimen social?

Mas alguien podría objetar. ¿Cómo proponer tal cosa cuando un país como el nuestro, vecino nada menos que de Estados Unidos, es quien menos podría romper con el orden establecido?, ¿cómo pensar en el socialismo cuando éste ya

fracasó incluso en la Unión Soviética, que ahora trata de abrirse paso con una economía si no estrictamente capitalista, en la que dominan ya la lógica y las prácticas del capital? E inclusive, ¿por qué pensar que precisamente cuando el capital se extiende como nunca antes y aun se mundializa, nuestro país u otros puedan apartarse de tal régimen?

Bueno, es cierto que nuestra vecindad con la potencia del norte, de la que tanto dependemos, vuelve difícil abrir nuevos y mejores caminos e inclusive pensar en ellos; y esto nos hace recordar el escepticismo que un liberal del siglo XIX exhibía al decir: “vivimos muy lejos de Dios y muy cerca de Estados Unidos”. Pero ello no debiera llevarnos a un fatalismo geográfico y a pensar que, por desgracia nada podemos hacer estando donde estamos.

Cuba también está muy cerca de Estados Unidos y, sin embargo, pudo hacer una revolución, y más de 40 años después de haber derrocado a la dictadura de Batista y la dominación estadounidense, pese al bloqueo, la constante hostilidad y no pocos problemas, se mantiene soberana y políticamente independiente.

México mismo, gracias a la Revolución de 1910 y la Constitución de 1917 logró rescatar algunos de sus recursos naturales, y bajo el progresista gobierno de Lázaro Cárdenas nacionalizó el petróleo, mantuvo una consecuente y firme política antiimperialista y entregó a los campesinos grandes extensiones de tierra, antes en poder de latifundistas nacionales y extranjeros. Todo lo cual demuestra que aun tan cerca de los Estados Unidos se puede hacer bastante por nuestro desarrollo independiente, si se dan aquí ciertas condiciones.

El argumento de que habiendo fracasado el socialismo inclusive en un país como la Unión Soviética, carece de toda posibilidad y, por tanto, de sentido sugerir que México tome un camino no capitalista, tampoco es convincente ni menos inobjetable. Después de la Revolución de Octubre, la URSS logró los mayores avances de su historia, y si bien a la postre no pudo sostenerse, el hecho de que no construyó un sistema genuinamente socialista, y el que tal experiencia demuestre que el proceso de transformación de la sociedad es mucho más largo y complejo de lo que muchos pensaron, no invalida la posibilidad de que México y otros países proyecten su desarrollo en esa dirección, desde luego no a partir de imitar a nadie sino de hacer lo que, dadas su historia, su cultura, sus más profundas raíces, su identidad, recursos y limitaciones, sea más aconsejable hacer.

El que el capitalismo, y sobre todo el capital se haya extendido como nunca antes y tenga hoy un alcance global y mundial tampoco significa que sólo esa forma de organización de la economía y la sociedad sea posible de ahora en adelante, pues lo que la historia comprueba es que todos los sistemas previos llegaron a un momento en que fueron sustituidos por otros. Y podemos estar se-

guros, el capitalismo también lo será. Pero admitiendo que la transición a un nuevo régimen social reclamará grandes esfuerzos y sacrificios, debiera entenderse que inclusive mientras prive el capitalismo no es poco lo que podemos hacer.

El solo hecho de que para avanzar se requiera una nueva estrategia de desarrollo entraña un desafío que pondrá a prueba nuestra capacidad. Construir y aplicar con éxito esa estrategia no es una tarea menor, sino en verdad toda una hazaña. Quien crea que ello puede hacerse desde posiciones meramente pragmáticas y reparando sólo en problemas y acciones a corto plazo, no ha entendido su verdadero alcance. Lo que subyace y precede a una estrategia es un buen planteo teórico, y éste no se improvisa. Aquello de que sin una teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario, sigue siendo cierto, como lo es también que si no conocemos a fondo la realidad en que nos movemos y queremos transformar, andaremos a ciegas, o en el mejor de los casos trabajaremos a partir de una base muy limitada, pobre y endeble.

Aun si forjar y poner en marcha una nueva estrategia significara tan solo definir ciertas metas y empezar a tratar de alcanzarlas, ello sería ambicioso y complejo. Pero lo más difícil es lograr un acuerdo básico entre las fuerzas necesariamente heterogéneas que se necesitan para ponerla en marcha, y a partir de ahí una movilización vigorosa y combativa de esas fuerzas, que además deberán ganar a otras, para llevar adelante el proceso de liberación.

En épocas anteriores, el desarrollo de nuestra economía fue menos difícil que el que tenemos que lograr en adelante. Bajo la política de sustitución de importaciones se logró hacer crecer la producción de bienes de consumo que antes se importaban y cobró cierto impulso la industrialización, aun en ramas básicas como el petróleo, la energía eléctrica, la siderurgia, la industria cementera, la química y otras. Y aunque con frecuencia se dan por supuestas, es indudable que las reformas que la revolución y en particular el cardenismo realizaron —la reforma agraria y la modernización de la agricultura, la nacionalización de la industria petrolera, la reorganización y expansión del sistema de crédito, la política de obras públicas impulsada y sostenida por el Estado y la multiplicación de escuelas de nivel medio y superior en las que se prepararon centenares de miles de jóvenes, hicieron posible el desarrollo del país.

Decimos que ahora las cosas son más difíciles porque, en primer lugar, en los últimos años no ha habido reformas comparables a las antes mencionadas, sino que conforme a las políticas neoliberales en boga más bien se ha tendido a depender del mercado, del “libre comercio”, de la empresa privada y de la inversión extranjera, y cuando se habla de “reformas estructurales” se alude, en realidad, a los conservadores “programas de ajuste” que el Fondo Moneta-

rio Internacional y el Banco Mundial tratan de imponer a los países subdesarrollados, a partir del colonialista Consenso de Washington, al que fundamentalmente interesa preservar el injusto orden existente y mantener la dominación de las grandes potencias.

Las actividades que en otros tiempos pudimos desarrollar eran relativamente modestas, es decir, reclamaban inversiones no muy cuantiosas, personal medianamente calificado, tecnología no muy cara, a nuestro alcance, y escalas de producción y mercados limitados. Hoy, la situación es diferente, y para producir no ya bienes de consumo relativamente sencillos sino bienes intermedios y de capital fundamentales, será preciso realizar cuantiosas inversiones, contar con personal de alto nivel, introducir tecnologías más avanzadas y costosas, disponer de recursos financieros suficientes que complementen las inversiones propias, establecer alianzas con otras empresas, tener acceso a mayores mercados internos y a los de otros países, que desbordan con mucho a los tradicionales, e incluso promover la investigación científica e internacionalizarse en una medida significativa.

Por todo ello la integración regional y subregional de nuestros países se vuelve una condición del desarrollo, pues ninguno podrá por sí solo y aislado satisfacer tales condiciones ni responder a las exigencias que una fase superior y más compleja del desarrollo plantea. Y, para que la integración cumpla su cometido, el desarrollo debiera –como ya se dijo– impulsarse a partir de una estrategia de largo alcance, que entre otras cosas establezca con claridad la mejor manera de llevar adelante y fortalecer la integración latinoamericana y caribeña, la que actualmente y ante la presión estadounidense para conformar el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), debiera tener indiscutible prioridad, ser objeto de creciente atención y no limitarse al “libre comercio” sino proyectarse hacia la creación de una Comunidad Latinoamericana de Naciones, a través de la cual nuestros países puedan acelerar y fortalecer su desarrollo, ayudarse mutuamente e insertarse en mejores condiciones en la economía mundial.

Tanto la integración como el desarrollo debieran verse como partes de un todo y desde una perspectiva que permita mejorar la organización del trabajo y los niveles de vida, no sólo a consecuencia del desarrollo sino también como condición para llevarlo adelante. En realidad sólo así será posible contribuir a que vivan dignamente los pueblos indios, a los que se sigue manteniendo marginados y en la miseria, los trabajadores que carecen de salarios y prestaciones mínimamente adecuados, los campesinos que en muchos casos han perdido su tierra y su empleo, las mujeres, ya muy importantes dentro de la fuerza de traba-

jo, pero que continúan siendo injustamente discriminadas y explotadas, los maestros a quienes se confía la educación sobre todo de niños y adolescentes y se les regatea mezquinamente la retribución que merecen, y los trabajadores migratorios que, con riesgo de su libertad y aun de su vida se enfrentan a las brutales patrullas fronterizas y buscan trabajo en los Estados Unidos, porque nuestro país se los niega.

Respecto a los pueblos indios, en particular, si bien se ha hablado muchas veces de ellos y de sus derechos, en realidad nunca se han respetado ni menos permitido que se ejerzan libremente. Acaso por primera vez, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), movimiento social con una verdadera base indígena los ha puesto en el primer plano, y su consecuente y firme resistencia de ya muchos años, sus múltiples y coherentes planteos, sus justas demandas y la exitosa y pacífica marcha que sus principales dirigentes, acompañados de numerosos simpatizantes acaban de realizar por 12 estados de la república y que culminó con una enorme concertación en el Zócalo de la ciudad de México, en donde proyectan defender ante el Congreso de la Unión los Acuerdos de San Andrés Larráinzar, aprobados desde 1996, y que se recogen en lo fundamental en el proyecto de ley conocido como de la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa), ha logrado que se repare en que los pueblos indios no esperan ni piden limosnas de nadie y están luchando de pie, valiente y dignamente por sus derechos, por su libertad y porque se admita que son seres humanos capaces no solamente de defenderse y rescatar lo que les pertenece, incluyendo desde luego su propia cultura, sino de ayudar a que los demás mexicanos vivan también mejor, en una genuina democracia multiétnica y pluricultural.

Todo ello será posible si se reconoce, en la Constitución Política misma, que los pueblos indios son parte integrante de México, si se expide una adecuada ley reglamentaria que les permita ejercer sus derechos y, acaso sobre todo, si se abandonan las posiciones discriminatorias, autoritarias y a menudo incluso racistas, y se acepta que ellos decidan cómo organizar su vida. Pese a la oposición de muchos, es probable que el proyecto de Ley de la Cocopa se apruebe finalmente en el Congreso, en buena parte debido a la excelente impresión que dejaron los comandantes zapatistas y quienes representaron al Congreso Nacional Indígena. Pero como ocurrió en días pasados, los legisladores panistas, que al estilo del PRI se opusieron en bloque, cerrada y unánimemente, a que se oyera a los delegados del EZLN y del CNI en el principal recinto de la Cámara de Diputados, al discutirse esa iniciativa de ley pueden estar de nuevo en contra, y con argumentos leguleyos y formalistas rechazarla también, ahora pretextando que la autonomía que reclaman los pueblos indios entraña un privilegio ina-

ceptable y amenaza la integridad de la nación. De proceder así el PAN, la Ley sobre Derechos y Cultura Indígena podría no salir adelante. Pero lo que quedaría claro a millones de mexicanos es que, por un lado, las ultramontanas posiciones panistas son, como lo fueron otras análogas a lo largo de nuestra historia, uno de los principales obstáculos a superar si realmente queremos que México progrese, y por el otro, que tarde o temprano los pueblos indios se harán oír y lograrán que se les reconozca y se les respete, pues como lo demostró el III Congreso Nacional Indígena y el excepcional encuentro del 28 de marzo en la Cámara de Diputados, por primera vez levantan su voz no sólo como zapatistas sino como millones de mexicanos que, ayudados por el EZLN cobran conciencia ciudadana, piensan por sí mismos, actúan con decisión y reclaman justamente y con firmeza. ¡No más un México sin nosotros! Todo ello representa un cambio profundo y un nuevo y prometedor momento en la vida social, política y cultural de nuestro país, al que probablemente sigan otros actos de rebeldía de jóvenes, mujeres, obreros, campesinos y estudiantes, maestros, y tantos mexicanos más que continúan sometidos a la ideología dominante, y que si logran liberarse podrán vivir mejor y harán aportaciones cada vez más valiosas a nuestro progreso.

Y en un sentido más amplio, las cosas podrán mejorar si en lugar de que como ha sucedido en los últimos años, los salarios se reducen incluso cuando se eleva la productividad, ahora se incrementan, el nivel de empleo aumenta y los derechos humanos individuales y colectivos se respetan. Pero nada se logrará gratuita ni fácilmente. Tendrá que conquistarse mediante grandes esfuerzos, y a partir de una lucha que, además de todo lo que se ha señalado, requerirá de nuevas, múltiples, flexibles y adecuadas formas de organización, en las que caben las más diversas; de que nadie pretenda imponerse a los demás y autoerigirse en vanguardia, de que se comprenda que el poder no se toma como algo ya hecho sino que se construye de abajo hacia arriba por los ciudadanos mismos, y de que, por encima de inevitables discrepancias se unan al menos en torno a ciertas cuestiones quienes en México, en otros países, y en el conjunto de ellos, decidan ser libres e independientes y ejercer el derecho a una vida digna.

Históricamente, la incapacidad para unirse por encima de explicables discrepancias llevó en más de una ocasión a la derrota de las fuerzas democráticas. En adelante, quienes se interesen especialmente en la democracia deberán conjugar esfuerzos con quienes luchan sobre todo por la independencia; socialistas y no socialistas con posiciones avanzadas tendrán que ser capaces de unirse y de comprender que tratándose de fuerzas reformistas o propiamente revolucionarias, estando o no de acuerdo en luchar por un socialismo democrático, en vez de

enfrentarse unas a otras debieran trabajar juntas al menos en aquello en que estén de acuerdo o no tengan diferencias de fondo. Y ante el peligro de que las gentes de mayor edad no comprendan a menudo la necesidad e importancia de abrir esos nuevos, más amplios, más combativos y prometedores frentes de lucha, los jóvenes –hombres y mujeres– deberán asumir crecientes responsabilidades, desplegar máxima iniciativa, tomar las riendas del proceso de cambio y demostrar que pueden hacer más de lo que los adultos hicieron hasta ahora.

